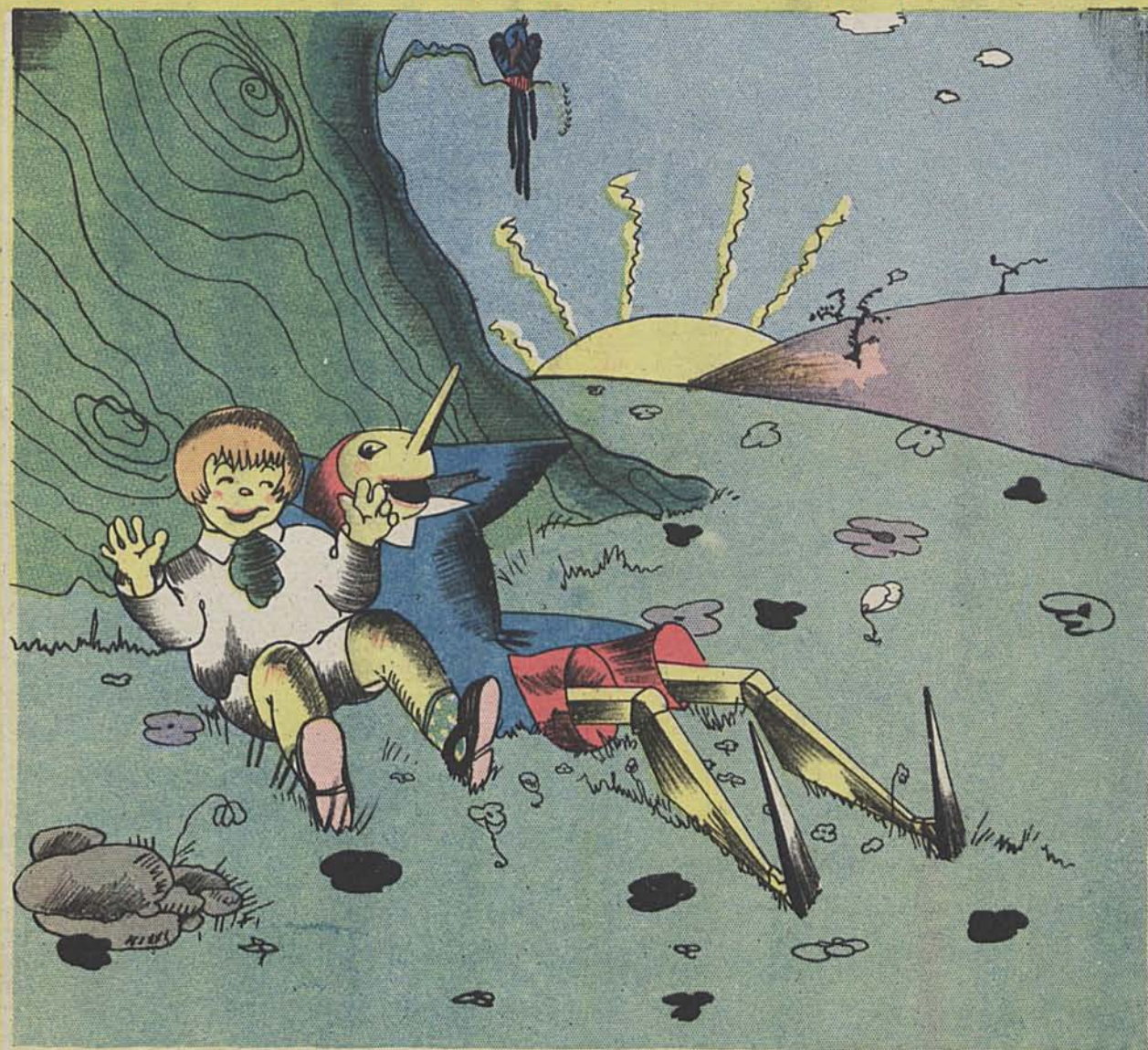


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 278

25 cts

15 JUNIO
1930



- ¿QUÉ TE GUSTARÍA SER A TÍ?
- CONFERENCIANTE.
- ¡PERO SI NO SE GANA NADA!
- ¡SÍ; PERO LES DAN UNOS TERRONES DE AZÚCARASI DE GRANDES!

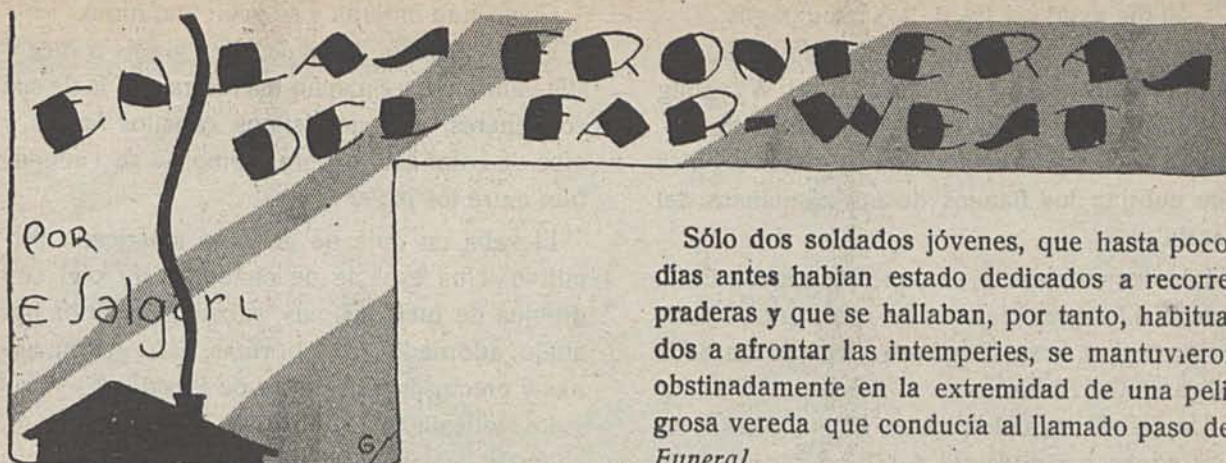
Piñochito

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





CAPÍTULO PRIMERO

La garganta del «Funeral»

Nos espera una mala noche, muchachos!—dijo poco antes de ponerse el sol el coronel Devandel, a quien el Gobierno americano había mandado con gran premura al frente de cincuenta hombres apenas a perseguir a los *cow-boys* en las montañas de Laramie—. ¡Mucha vigilancia o, de lo contrario, los indios aprovecharán la ocasión para atravesar la garganta del *Funeral*!

El bravo soldado, que había conquistado sus galones primero en la guerra contra Méjico y después peleando denodadamente en las fronteras del Far-West contra los indómitos *pieles rojas*, no se engañaba en sus predicciones.

Las altas cimas de las montañas que se extienden entre los confines meridionales del Wyoming y los septentrionales del Colorado habíanse cubierto de densas nubes, y el trueno no tardó en hacer oír su voz poderosa, que repercutía lúgubrementemente en las peñas de la garganta con inaudita y extremada sonoridad.

A los pocos instantes comenzó a caer sobre el campamento una lluvia torrencial, que obligó a los centinelas a replegarse más que de prisa hacia los furgones dispuestos en cruz de San Andrés para defender las tiendas de una sorpresa probable.

Sólo dos soldados jóvenes, que hasta pocos días antes habían estado dedicados a recorrer praderas y que se hallaban, por tanto, habituados a afrontar las intemperies, se mantuvieron obstinadamente en la extremidad de una peligrosa vereda que conducía al llamado paso del *Funeral*.

Habíanse guarecido bajo el saliente de una roca, que en parte les protegía del furioso aguacero, y vigilaban con gran atención.

—¿No ves nada, Harris?—preguntó el más joven, un hermoso tipo, apenas de veinte años, moreno como un mestizo y de mirada fogosa como la serpiente.

—¡Nada, Jorge!—respondió el otro, que se parecía extraordinariamente a su interlocutor y que representaba tener algunos años más que él.

—Y, sin embargo, hermano, estoy seguro de que aquel indio que durante tres noches ha intentado pasar se aprovechará de este mal tiempo para llevar al Colorado algún mensaje importante de las tribus sublevadas.

—Y yo estoy también seguro de matarle si pretende pasar. ¡Mi rifle es muy certero!—respondió Harris—. ¡Que se deje ver, y tendrá su merecido!

—Es que los *chayennes* no tienen miedo a nuestras armas. Ya has debido convencerte de ello en las praderas.

—Tiene mi carabina diez balas, y alguna de ellas hará blanco en los *pieles rojas*.

—Y yo tengo siete cicatrices y dos heridas abiertas aún—respondió Jorge, riéndose—. ¡Abre, abre los ojos, hermano, que el coronel Devandel debe de tener sus razones para presentir al enemigo!

—Y yo presiento que será esta misma noche cuando los indios intenten forzar el paso.

—¿Y lo impedirás matándoles?

—Si me ayuda la luz de los relámpagos, sí.

Un relámpago intenso brilló en medio de las nubes que el viento lanzaba del Wyoming al Colorado, seguido de un espantoso trueno, que resonó largo tiempo entre los altos árboles que cubrían los flancos de las montañas del Laramie.

Los dos corredores, aunque inundados de la cabeza a los pies, dejaron las rocas que en parte les protegían, y se dirigieron a la entrada de la garganta del *Funeral*.

Un caballo completamente blanco, de soberbias crines y larguísima cola, montado por un indio adornado de plumas y que parecía estrechar algo contra su pecho, había aparecido a sólo cincuenta pasos de la garganta.

—¡Fuego, Harris!

—¡Fuego, Jorge!

Sonaron dos disparos, tan unidos que parecieron uno solo, alarmando a los centinelas, los cuales gritaron en seguida:

—¡A las armas!

El caballo, herido por las infalibles balas de los cazadores de las praderas, dió un salto inmenso, y después de haber salvado la distancia que le separaba de la garganta, cayó, lanzando un doloroso relincho.

El indio que le montaba había sido lanzado a poca distancia, sin soltar el bulto que estrechaba contra su pecho.

Harris y Jorge se precipitaron sobre él cuchillo en mano, prontos a rematarle, según las leyes inexorables de las praderas, si hubiera tratado de oponer alguna resistencia, mientras acudían diez o doce centinelas provistos de linternas.

El indio, aturdido por la caída, no había tratado de defenderse con el fusil, arma que en 1863 cambiaron los *pieles rojas* por su antiguo arco.

—¡Camaradas—dijo Harris a los que acudieron—, formad cerco en derredor de nosotros, y dejad que arreglemos cuentas con este indio mi hermano y yo, ya que hemos sido nosotros sus vencedores!

Cogió una linterna y se acercó al indio.

Era un robusto joven de diez y seis a diez y siete años, de tez mucho más clara que la de sus congéneres, con negríssimos cabellos largos y ojos de color azul oscuro, como no se encuentran entre los *pieles rojas*.

Llevaba un traje de perfecto americano primitivo. Una especie de chaqueta de piel con dibujos de fuertes tintas, calzones abiertos por abajo, adornados con borlitas, falanges humanas y preciosos recamados de algodón.

Le rodeaba la cabeza un círculo de oro, sobre el cual gallardeaba un grupo de plumas de águila, distintivo de los personajes importantes.

—¡Buena presa!—dijo Harris—. ¡O mucho me engaño, o este indio es hijo de algún jefe *chayennel*!

El joven indio lanzó al cazador una feroz mirada, diciéndole con tono de amenaza:

—¡Maldito rostro pálido!

En seguida trató de incorporarse, y miró ansiosamente hacia la entrada de la garganta.

Diríase que buscaba a alguien.

—¡Eh, Harris!—dijo un soldado—. ¡Me parece que el prisionero no estaba solo!

—¡Buscad por ahí—añadió Jorge—, mientras nosotros conducimos este prisionero ante el coronel. ¿Está despierto todavía?

—Poco ha le oímos hablar en su tienda con el *indian-agent*, el bravo John Maxim—respondió otro soldado.

—¡Pues vamos!—dijo Harris—. ¡Y vosotros a registrar la garganta! ¡Me parece que este indio llevaba en los brazos un niño!

—Si cayó cuando el caballo, no se escapará, camarada—respondieron los centinelas, registrando por todas partes.

Los dos cazadores desarmaron al indio, que no opuso resistencia, lo que, por otra parte, hubiera sido inútil, y le condujeron al campamento, llevando a prevención en las manos los *bowie-knife*, o sea unas largas cuerdas, fuertes

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

BRANLEY



EL ARCHIPIÉLAGO DE LOS TERREMOTOS

En nuestra narración anterior dejamos a los intrépidos aeronautas en el espacio a bordo del pintoresco aerobús en el que el sabio buho dió su conferencia acerca de la grandiosa Vía láctea que como luminoso anillo de proporciones gigantescas rodea el sistema solar en que habitamos.

Como en la aeronave escasearon los comestibles y tanto a Corretón como a Tecla, don Turulato y a Tin y Ton se les desarrolló un apetito formidable hubieron de decidir aterrizar otra vez en la Tierra, y, para ello, ordenó Pinocho que se abriesen las válvulas de escape, por donde poco a poco fué saliendo el gas y así el globo, perdiendo lentamente su fuerza ascensional, buscó tierra, hallándola en una de las muchas islas que componen el archipiélago japonés.

Tenemos, pues, a la familia pinochista en el extremo Oriente, país del Sol naciente, célebre por su extraordinario progreso en las ciencias y en las artes y tristemente recordado por todo el mundo por sus frecuentes terremotos que batan el record de las grandes catástrofes.

Los habitantes de Yokohama, a quienes ha cabido la suerte de presenciar el aterrizaje feliz del aerobús, se desviven en atenciones con que obsequiar a sus inesperados e ilustres huéspedes. Todo son agasajos, fiestas, banquetes, discursos,

(de los que los homenajeados no pueden sacar nada en limpio porque no saben ni una sílaba de japonés.)

No es, pues, extraño que Chónón, Pinocho, Currinche, Pirula, y otros personajes de la familia estén dominados por la curiosa inquietud de saber algo sobre el país en que se hallan.

Por eso, una vez reunidos todos en el hotel donde les dan alojamiento, ya libres del asedio de agasajos, pidan al sabio buho que tome la palabra y les cuente cosas del Japón.

Ya sabéis lo consecuente que es este ameno orador y lo poco que se hace rogar para dar una conferencia.

Así, pues, calóse el buho las gafas, pidió una copa de agua, agitó una campanilla para imponer silencio y comenzó a hablar.

—Estamos, dijo, en el país donde los terremotos son más frecuentes que en el resto del mundo.

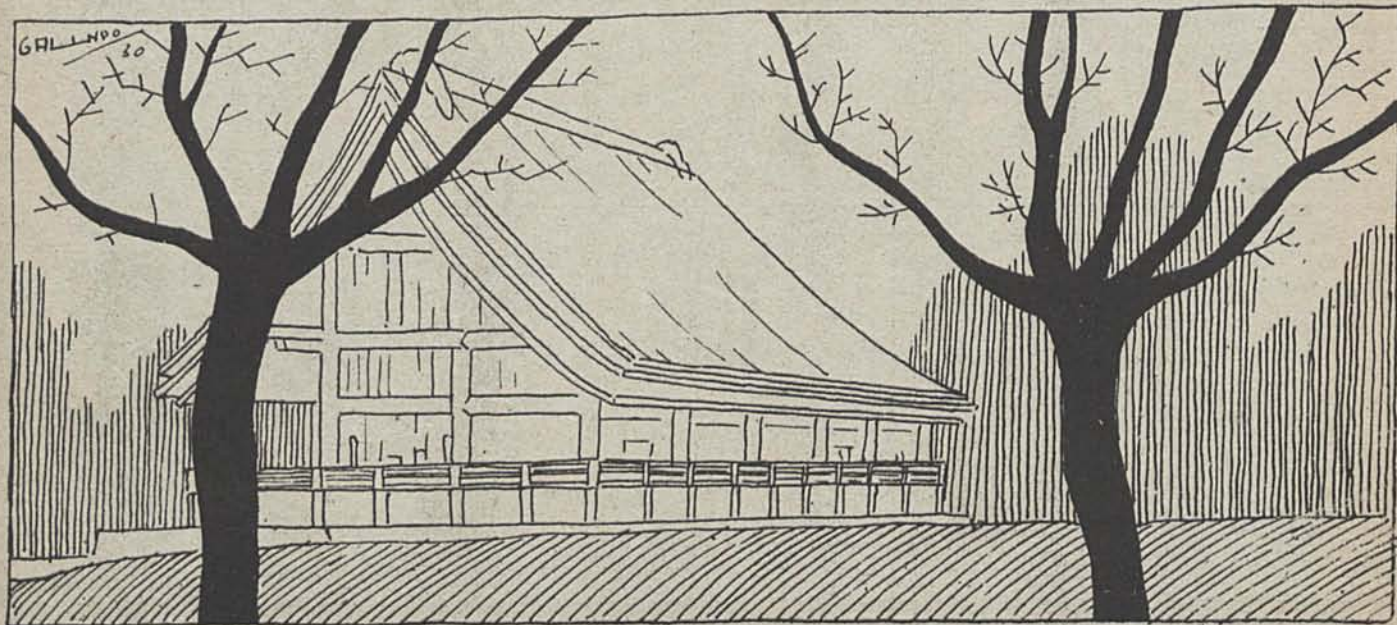
—Ole con ole—exclamaron a una Tin y Ton, muy contentos por la noticia.

—¡Que se callen esas hienas!—dijeron unos.

—¡Que los metan en una jaula del Parque zoológico, dijeron otros.

—¡Pobres nenes!—exclamó Tecla—¿es que no van ni a poder decir ole? ¡Sois unos ogros!

El buho continuó—. Y no solamente son los terremotos más frecuentes sino también de una violencia espantable. Baste recordar que en septiembre de 1923 hubo en Tokio 150.000 víctimas y una gran parte de la ciudad quedó totalmente destruida.





—¡Ole, ole!—gritaron de nuevo Tín y Ton—
¡Qué bonito sería ver al capitán luchando a
brazo partido con un terremoto!

La indignación estalló contra los dos mu-
chachos a los que hubo necesidad de poner una mordaza
para que no pudieran hablar.

Y en esta ciudad en que nos hallamos, siguió diciendo el
buhu, una ola gigantesca que siguió al cataclismo se tragó
numerosos navíos que estaban anclados en el puerto.

Aquel famoso temblor de tierra costó infinitas vidas en
Nagasaki, Hakone y otras muchas ciudades japonesas. Las
pérdidas materiales se elevaron a muchos centenares de mil-
lones de yens.

En la mañana del 23 de mayo de 1925 otro terremoto causó
horrorosos estragos asolando regiones de las que desapare-
cieron pueblos enteros.

—¿Y de todo esto no tendrá la culpa ese gigantesco Fousi-
Yama?—preguntó Chonón refiriéndose al volcán que constan-
temente está arrojando fuego y lava por su cráter.

—Según opinión muy autorizada del profesor Omori y otros
sabios geólogos nipones, no son las erupciones volcánicas
las principales causantes de los temblores de tierra. Según el
profesor Wada, de la Universidad de Fukuoka—prosiguió el
buhu—hay otros agentes que desempeñan más principal papel
en las causas de los terremotos. En muchos lugares del Japón
hay grandes grietas, verdaderas simas que abren el terreno y
cortan el suelo en enormes extensiones. Estas profundas frac-
turas quiebran las capas terrestres transversales que son lo
que pudiéramos llamar las bases o cimientos del suelo que
pisamos. Al resquebrajarse pierden solidez y resistencia y de
ahí que a la menor influencia interna se precipiten los grandes

bloques rotos unos sobre otros y que tal cataclismo se tra-
duzca en un temblor de tierra.

Si la causa originaria de la dislocación se produce súbita-
mente y cerca de la superficie, (como por ejemplo por el
enfriamiento de la corteza terrestre) produce grandes desas-
tres; y si la conmoción tiene lugar a grandes profundidades,
las sacudidas se notan con débil intensidad y el temblor de
tierra no tiene tan fatales consecuencias.

—Entonces el volcán Fousi-Yama no tiene la culpa ¿ver-
dad?—preguntó don Turulato.

—Toda la culpa, no—contestó el buhu.

—¿Y hace muchos años que tiembla la tierra en el Japón?—
inquirió Chonón.

—Mnchísimos—dijo el sabio buhu—. El primer terremoto
de que los historiadores japoneses tienen noticia, data del
año 57 del reinado del emperador Nintoku (año 369 de nuestra
Era.)

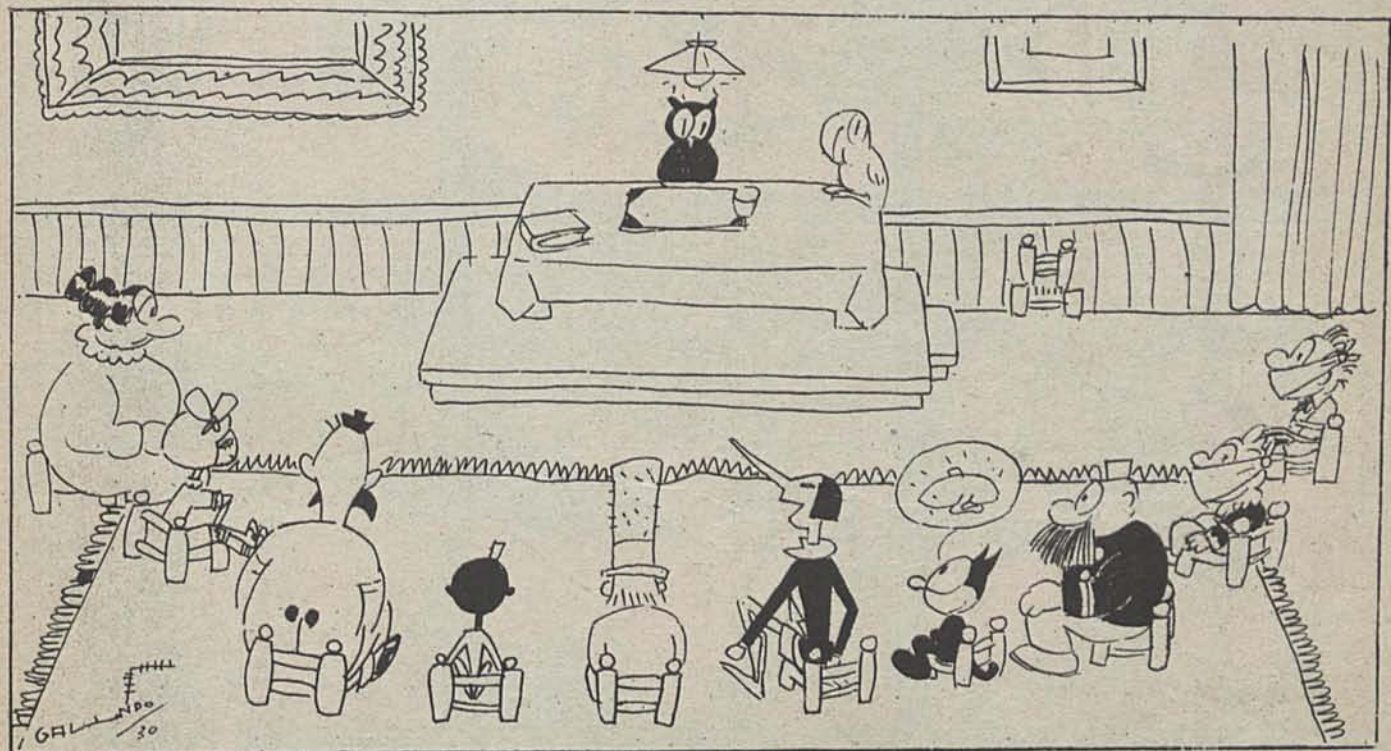
En el año 1783 hubo un terremoto durante el cual el agua
de los ríos entró en ebullición produciéndose inundaciones en
las que perecieron abrasados por las hirvientes aguas pueblos
enteros.

—Yo creo que deberíamos poner pies en polvorosa—dijo el
Capitán Corretón—. Me parece que la tierra empieza a
temblar.

—¿Nos vamos?—preguntó don Turu.

—Vámonos—contestaron todos.

Se dirigieron al aerobús y en medio de la expectación de los
vecinos de Yo-Kohama, se elevó la nave por los aires en
busca de nuevas emociones.



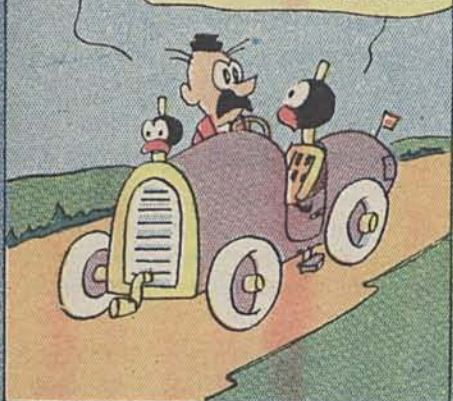


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡EA! YA ESTAMOS OTRA VEZ EN NUESTRO CA-
CHARRITO. ¿HACIA DÓNDE VAMOS? ¿HACIA
PONIENTE? ¿HACIA LEVANTE?

HACIA EL RESTAURANTE



PERMÍTEME QUE TE ABRACE, CURRIN-
CHE. PARECE MENTIRA QUE CON ESA CA-
RA DE BETÚN TENGAS UN TALENTO
TAN GRANDE.

ES QUE A UN SERVIDOR
NO LE GUSTA PRESUMIR



¡VAYA POR DIOS! AHORA NO LE DA
LA GANA DE ANDAR AL COCHECITO

¡ARRE! ¡ARRE!
¡AAAAARRREEE!



¡MI SEÑORA ABUELA! ¡QUÉ MODO DE
TRABAJAR!... ¡Y NO HAY QUIEN LE HA-
GA ANDAR!

A UNA TIA MIA LE DIÓ UNA
VEZ REÚMA Y TAMPOCO PODIA
DAR UN PASO LA
POBRE



¡LA ORDIGA! ¡QUÉ DURO ESTÁ ESTO!

A MI TIA LE PASABA IGUAL. CUAN-
DO LE DABA EL REÚMA NO AN-
DABA NI DÁNDO-
LE A LA MANI-
VELA



YO NO PUEDO MÁS, CURRINCHE.
POR ALLÍ VIENE UN TIO QUE DE-
BE DE TENER MUCHA FUERZA



OIGA, AMABLE SEMEJANTE. USTED
QUE TIENE CARA DE BRUTO, QUIERE
HACER EL FAVOR DE DARLE A LA MI-
NIVELA DEL COCHECITO?



¡PERO HOMBRE! SI ESTO ES UN MO-
LINILLO DECAFÉ!



¿QUÉ HACEMOS AHORA, CURRINCHE?

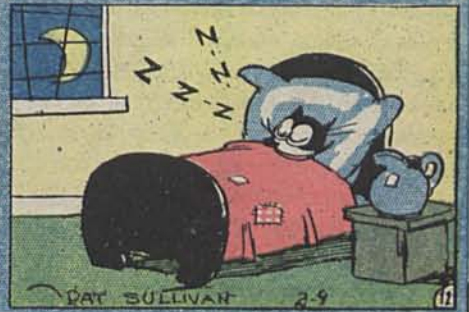
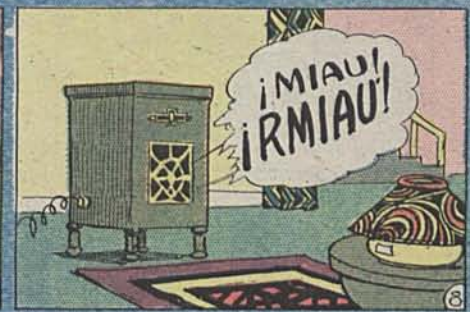
PUES VENDER LOS DESPOJOS DEL
COCHECITO EN UNA CASQUERÍA
A VER SI SACAMOS PARA UN
PIRULI



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL MORO DE LAS BABUCHAS

AL pasar un día por una de las calles de cierta ciudad del Mediterráneo, ví a un moro, tocado con rojo fez que pisoteaba con furia sus babuchas, una amarilla y otra verde, en las que bordadas de oro, se veían dos caras, una de hombre y otra de mujer.

Admirado de verle en tan rara ocupación, le pregunté si tenía frío y trataba de entrar en calor haciendo ejercicio. Me contestó que le dejara en paz; y ya iba a protestar de su descortesía cuando el moro, comprendiendo sin duda, su mal proceder, me hizo señas de que le siguiera.

Curioso de saber la razón de actitud tan extraña, le seguí. Una vez en su casa, hízome sentar en un cojín en el suelo; sentóse él en otro, y, quitándose las babuchas, las colocó entre los dos y habló de esta manera:

—Estas babuchas que aquí ves, son dos primos hermanos míos que han venido a tan triste situación, mitad por su culpa, mitad por la de un pérfido encantador que tiene fábrica de calzado, embutidos y acordeones en el mundo de los genios. Esta babucha de la derecha tiene bordado el retrato de mi primo.

La babucha se puso de pie y me saludó; yo extendí la mano como si fuera a estrechar la de aquel primo-zapatilla, y dije:

—Tanto gusto en conocerle.

—Donde tú le ves—continuó el moro—viene en línea torcida del zancarrón de Mahoma. Comenzó su carrera en Marruecos, siendo aprendiz de zapatero, y cansado de hacer botas de cordobán, pasó a Tafilite, donde su oficio está más adelantado. Tuvo allí la desgracia de conocer al mago Jimilijí, el mágico más redomado después de su hermano Jamalajá y su tío Jemelejé. El mago hacía maravillas, porque lo mismo ballaba danzas orientales que soltaba un rebuzno que se oía a cuatro leguas a la redonda, o convertía las piedras en oro y el oro en brillantes zequíes, que son nuestra moneda. Un día ofreció a mi primo enseñarle algo de sus artes mágicas, a

condición de que se dejara sacar en ayunas media onza de sangre de las venas, para con ella componer uno de sus misteriosos filtros. Aceptó mi primo, y comenzaron las sangrías y las experiencias. El primer día echó el mago en una especie de cazuela dos cabezas de ajo cocidas en martes, después de escupir tres veces hacia Oriente; unas hojas de ruda silvestre criada en un cementerio de hormigas, un poco de aceite de hígado de bacalao, tres pelos de la barba de un barbero sin afeitar y, por último, la sangre de mi primo. Mezclólo todo y

puso al fuego la cazuela, y, apenas se calentó aquella extraña mezcla, prodújose un humo muy denso, y a poco apareció sentado en la vasija un soberbio mico que les hacía unos gestos burlones. Enfadóse el mago, y la emprendió a palos con el mico, el cual se abalanzó a mi primo y le mordió una oreja; hecho esto, desapareció. Irritado el mago, volvióse hacia el herido, diciéndole:

«—Tú has tenido la culpa de este fracaso, porque, indudablemente, no estabas en ayunas, y, en vez de oro, ha salido un mico.

»Mi primo confesó que había tomado un ligero desayuno, compuesto de un kilo de salchichón, cuatro libras de merluza con salsa mayonesa, seis botellitas de vino y un cesto de melones.

»—Pues por melón te vas a convertir en zapatilla hasta que un cristiano te dé tres puntapiés con el pie izquierdo, y te dé en la cara dos papirotazos.»

—Pues si no es más que eso —le dije al moro—, yo le daré aunque sean quinientos puntapiés. Y ¿cómo no ha vendido usted estas zapatillas, y ya habría recobrado su primo la forma primitiva?

—Porque pensaba en el susto del parroquiano al ver que le salía un hombre de una zapatilla.

—Bueno; pero ¿y la historia de la otra? Es...

—Es la siguiente: Sabedora mi prima Chacharachá de las fechorías que Jimilijí había hecho con su hermano, decidió vengarse, y así lo juró por los veintisiete pelos de la coronilla





de Mahoma. Al efecto marchó a Tafilete provista de un puñal damasquino untado de grasa de cigüeña, y buscó al mago, ofreciéndole dar su sangre para que hiciera las experiencias necesarias. Aceptó Jimiliji, y, poniendo otra vez al fuego la consabida cazuela, preparóse a sangrar a mi prima para completar los ingredientes. Pero en aquel momento sacó la joven el puñal y se lo clavó en un ojo, diciendo:

«—¡Muere, perro!

•Jimiliji se sintió perdido, y, llevándose como un cualquiera la mano a la parte dolorida, exclamó:

«—Yo muero, pero tú te convertirás en zapatilla como tu hermano, y ¡ay de vosotros si recobráis vuestra verdadera forma!»

—¿Y de qué manera la recobrará?

—Del mismo modo que su hermano.

—¿Y es guapa Chacharachá?—pregunté al de las babuchas.

—Hombre, yo te diré: si no fuera porque es un poco coja, algo bizca, del todo calva, algo jorobada y sin dientes la boca, podía pasar por la mujer más guapa del mundo; verdad es que le perjudica un poco el ser chata y tener la boca como un hornillo.

—¿Sabes—contesté—que me va pareciendo una tontería desencantar una visión tan espantosa como la de tu prima? ¿No sería mejor que siguiera como está, puesto que, al fin y al cabo, de babucha no es tan fea ni tan desagradable? Pero ahora caigo en que tu primo debe ser un mamarracho parecido, y casi me va pareciendo el señor Jimiliji una bella persona.

—No lo creas—interrumpió el moro—: mi primo es un buen muchacho, muy decente y de buena familia. Además, es tan hábil en su oficio de zapatero, que con la piel de una pulga le

hizo unas botas de montar al Emperador de Marruecos y le sobró material para doscientos pares de guantes, y trescientos de babuchas.

—Pues ¡menudas pulgas gastáis los marroquíes! Por lo visto, llamáis pulgas a los elefantes. Y dime; cuando os pica una pulguita de esas, ¿qué hacéis?

—Le damos la puntilla con unos cuchillos a propósito.

—¿Sabes lo que te digo?—exclamé sin poderme contener—: que eres más embustero que Mahoma, y que no creo una palabra de cuanto me has contado, como no vea por mis propios ojos que se desencantan esas babuchas misteriosas. Y te prevengo que, si al tercer puntapié no salen los moros de las zapatillas, te voy a desencantar a ti dejándote *groggy*.

—Comienza la operación.

—Pues entonces, ahora mismo vamos a desencantarlos.

Di tres puntapiés a cada zapatilla, y aparecieron ante mi vista un morazo y una mora que en árabe me dieron las gracias. Pero aun no habían concluido de hablar, cuando se abrió la pared, y por el hueco salió otro moro, al que conocí como el mago Jimiliji, a causa del puñal que llevaba clavado en el ojo derecho.

—Vengo—dijo—a encantaros de nuevo, en unión del majadero que os ha desencantado.

La perspectiva de convertirme en chancla moruna no me agradó, y al mago le di unos cuantos *directos* con la izquierda que le hicieron escapar más que aprisa, dejándonos en paz, según creo, para siempre. Me despedí de los moros, y en esta situación me hallaba cuando... el frío me despertó. Estaba acostado en mi cama, y todo aquello que había sido una rara pesadilla me hizo dar de puntapiés a las mantas, quedándome desabrigado; de modo que, por meterme a desencantador pesqué un catarro que me ha hecho estar estornudando do semanas.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



José Gironés
por Miguel Portolés



El defensor de Pinocho
Eduardo Lorite



La sirvienta de Morrongula
por Eduardo Lorite



Plegaria
por Manuel Repetto



Mi prima Basilla por
Lolita Arenas



Una mariposa
por Manuel Castro



Concierto de ranas
por Angelita Steinmetz, 10 años



El día de vacación
por Francisco Manada



¡Viva Edison!
por M. Casals



Mi prima Eulalia
por Lolita Arenas



Retrato
por Lolita Arenas



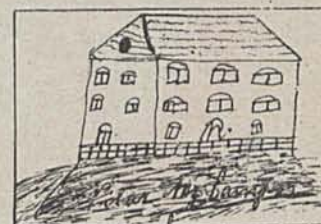
Cigüeña
M.ª Teresa Martín



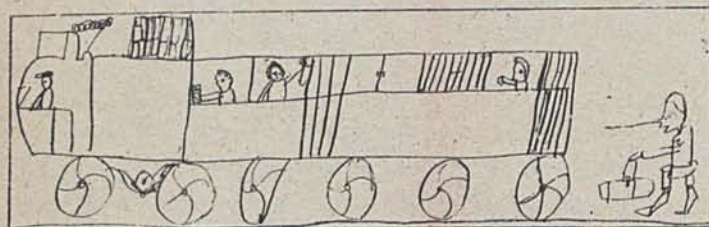
Lolita Fernández
por Conchita Baños



Claudina
Rodríguez



Mi casa
Pilar Martínez Campos, 9 años



A Pinocho se le ha escapado el tren por Mariano Villalvilla, 6 años



Mi muñeca
Merceditas Baños



Mi prima Pilar
Edy D. G., 9 años



Un pirata
por Lolita Álvarez



Un chino
Juanito Casola
6 años



Anita por
Benita Muñiz



Don Turu estudiante
por Vicente Zalvo
7 años



Este siempre llega... tarde
por Carlos de las Cuevas



Caperucita roja
por Alejandrina
Mordán



Pinocho bailando
por Ceferino Linares



Un enano
por M. Lorite

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

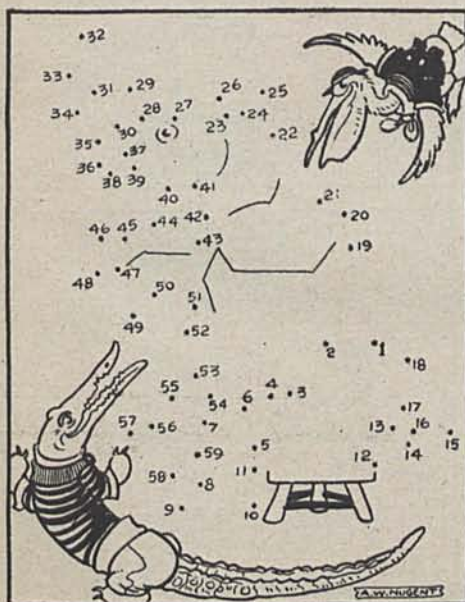
EL BURRO, EL CABALLO, LA CABRA Y EL ELEFANTE



Que se extravié un solo ser no tiene nada de particular, pero que se pierdan a la vez, un burro, un caballo, una cabra y un elefante, eso sí tiene de particular. Y precisamente se han perdido en las cercanías de donde tenía establecida su barbería este honrado rapabarbas que véis en el dibujo.

¿Podéis indicar dónde están los susodichos animalitos?

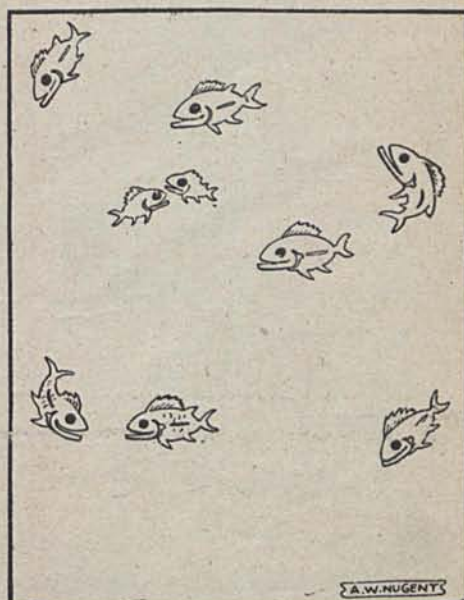
UN CASO RARO



Si lo queréis descifrar unid por rayas los números siguiendo el orden correspondiente y lo descifraréis en seguida.

Se trata de que atraveséis con tres lanzas a todos los peces de forma que cada lanza atravesiese tres peces y de que las tres lanzas al cruzarse dividan al dibujo en 7 partes.

LOS PECES

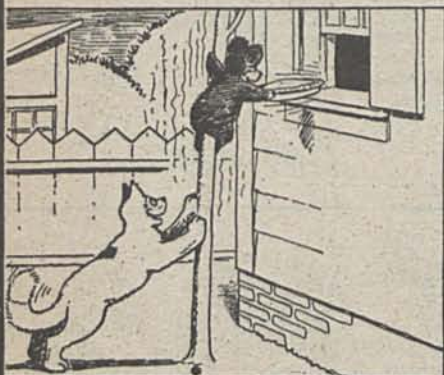
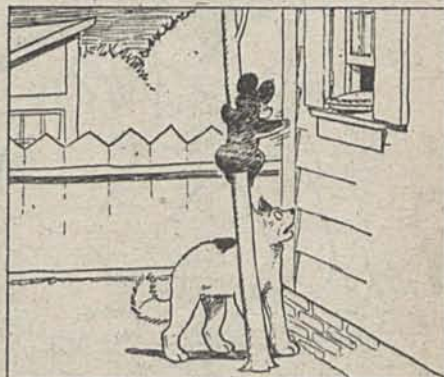
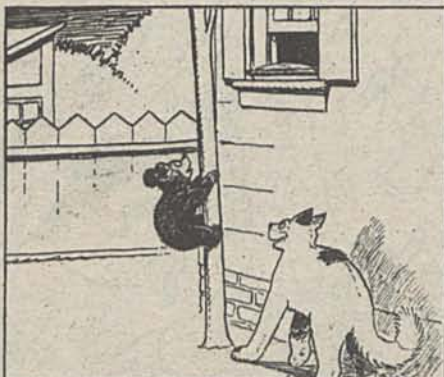
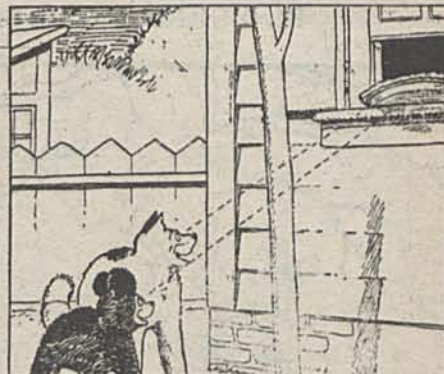
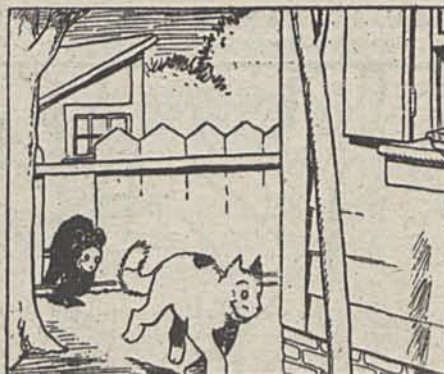


ANITA

BUEN- CORAZON



¡QUÉ BUENOS AMIGOS
SE HAN HECHO PELUCHO
Y EL OSITO! ¡SON FELI-
CES CON SUS JUEGOS!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE

LOS TRES PECES



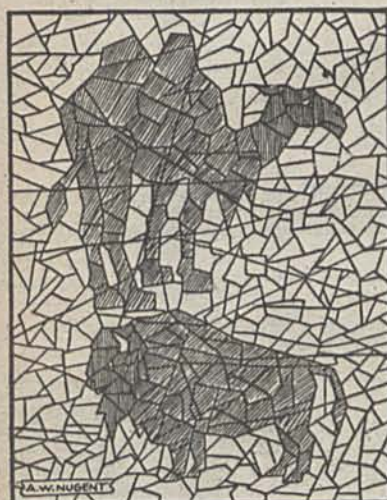
DIBUJO CON ERRORES N.º 250

1. Las púas del tenedor.—2. El gatillo está al revés.—3. La estufa tiene las rose-tas desiguales.—4. El asa de la estufa está torcida.—5. El punto de mira de la escopeta está abajo.—6. La culata de la escopeta tiene un bulto extraño.—7. El soporte de la estufa es desigual.—8. Un pie de la lámpara es más pequeño.

CINCO ANIMALES



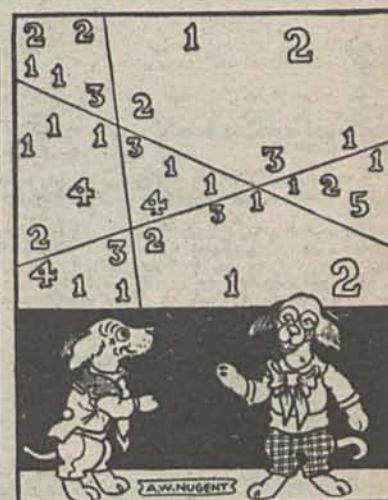
LAS PIEDRECITAS



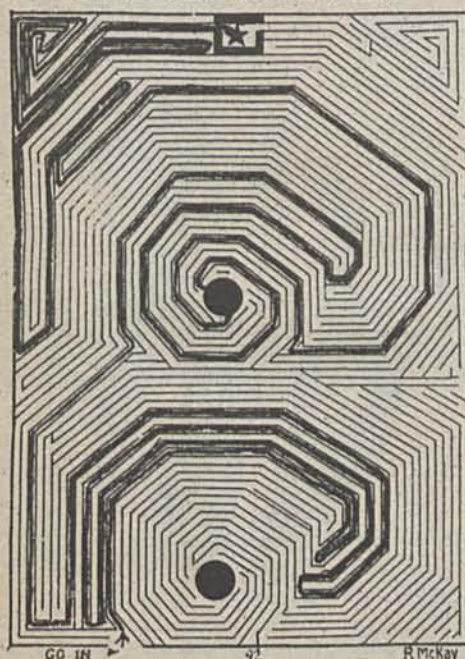
UNA AVENTURA EN TEXAS



LOS NÚMEROS

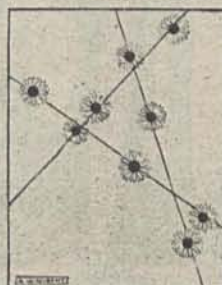


EL LABERINTO DE VIENA

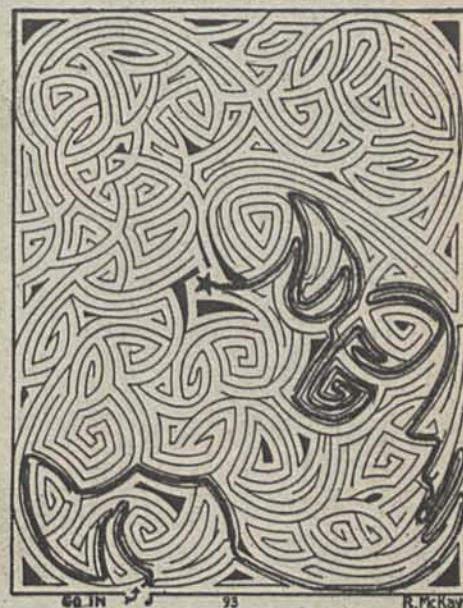


DIBUJO CON ERRORES Núm. 254

- 1.—Un botón de la niña es negro.
- 2.—El dedo gordo de la niña es una birria.
- 3.—Un calcetín no tiene rayas.
- 4.—Le falta una pata a la mesa.
- 5.—Un zapato no tiene suela.
- 6.—Un zapato tiene dos cordones y otro tres.
- 7.—Le falta puntilla a un brazo de la niña.
- 8.—La N de uno de los dados está mal.



EL LABERINTO AUREO





Sección Pirula

Fantasías de Pirula... modesta

EL CINTURÓN-CADENA

¿Qué os pareció el cuento de la chinita Pa-Tchu-Li que os acabé de contar el domingo último?

A Marujilla la ha impresionado mucho; la idea de que a ella podría salirle una nariz así, la horroriza.

Claro que no es probable, porque dudo que al brujo Fu-Chin-Ko se le ocurra venir a molestar a mis Pirulindas; y aun cuando viniera, no le infligiría a Marujilla semejante castigo.

Porque ella no tiene ninguno de los feos defectos de la chinita Pa-Tchu-Li. ¡Calla! Ahora que recuerdo, sí tiene uno, pero nada más que uno; es... presumida.

Pero tampoco lo es tanto como Pa-Tchu-Li; ¡ni muchísimo menos! Y eso que si Pa-Tchu-Li es una china bonita, Marujilla es una española preciosa.

Si aquella tiene el pelo como si se lo hubiera lustrado con betún, esta lo tiene trigüño y con reflejos de oro; si aquella tiene la piel amarilla como el azafrán, ésta la tiene blanca y rosa como el nácar; si aquella tiene ojillos que parecen rendijas de hucha, esta los tiene inmensos y de color de miosotis.

Y en fin si Pa-Tchu-Li tiene una naricilla chata que parece un garbanzo, Marujilla tiene una nariz respingoncilla y del tamaño preciso que corresponde a una Pirulinda de nueve años.

Pues con todo y con eso, Marujilla no se mira al espejo ni la mitad de las veces que la chinita del cuento; ahora que eso sí, hay pocas cosas en este mundo que la encanten tanto como estrenar un vestido... como no sea estrenar un sombrero.

Y he notado que Marujilla acoge mis «creaciones» con más entusiasmo cuando son cosas de vestir que cuando son otros objetos.

Pensando en lo que la gusta fabricar adornos para su personita y pensando que a vosotras os gusta también—, lo cual me parece muy natural puesto que ninguna de vosotras es menos linda que Marujilla... ni mucho menos presumida tampoco—se me ha ocurrido un modelo de cinturón que os será muy útil ahora, ya que la mayoría de los vestidos que llevan las niñas este verano —las niñas y sus mamás—tienen el talle ceñido por un cinturón.

Este modelo tiene naturalmente las tres condiciones «pirulísticas»: es económico, es fácil de realizar y es original.

Al decir original se entiende que es bonito también; porque hay cosas que pueden ser muy originales pero que son feas; por ejemplo, suponed que se os ocurra fabricaros un cinturón atando, punta a punta, tres o cuatro calcetines; sería un cinturón muy original, más que el mío sin duda, pero no resultaría muy bonito ¿verdad?

En cambio este mío—y vuestro—es de un efecto precioso.

Se compone de argollas; sirven naturalmente argollas ordinárisimas, de hierro, de cobre o de madera, de las que se utilizan para las cortinas.

Las argollas se forran con una tela que deberá ser igual a la del vestido o a algún adorno del vestido, o por lo menos, hacer juego con él.

Después de forradas, las argollas se unen unas a otras con unas puntadas; y estas puntadas se disimulan con una perla, o con una gruesa cuenta de cristal o de porcelana, transparente o de color.

En lugar de una cuenta, puede ponerse un espejito, de esos redondos o cuadrados, del tamaño de una moneda de dos céntimos, que se venden ya preparados, con agujeros, para coserlos.

El cinturón parece pues una gruesa cadena de fantasía y resulta tan gracioso que, si yo fuera Marujilla, me fabricaría no uno sino tres, diferentes, uno para cada uno de los vestidos que le están haciendo para este verano.

El primero de estos vestidos es para los días frescos, pues no sé si sabéis que Marujilla veranea en la sierra.

Se completa con una chaquetita que no os presento porque me falta sitio, pero que es de lanilla azul marino lo mismo que la falda. La parte superior del vestido, a la cual van abrochados los tirantes, es de crepón blanco y el cuello y las vueltas de las mangas son blancos con dibujos azules.

El cinturón más adecuado para este vestido estaría formado de argollas azules y argollas blancas, alternadas, unidas por espejitos, perlas o cuentas de cristal.

El número 2 es un trajecito muy propio para jugar al tenis, es de chantung rosa coral, con tablas respunteadas en negro y una corbata de fular blanco con pintitas negras. El cinturón estará formado de argollas negras, unidas por gruesas cuentas de coral rosa.

En fin, el número tres es de *tolle* de hilo blanco; lo adornan unas listas que forman cuadros y están bordadas a punto de cadeneta, en seda encarnada.

Este trajecito veraniego se completaría muy bien con un cinturón hecho de argollas blancas, unidas por cuentas rojas.



PRINTED IN SPAIN

Ayuntamiento de Madrid